



Respuestas para tener fe

Según los principios del Evangelio, cada cristiano debería ser un apóstol.

¿Son todos los cristianos apóstoles, cuando parece que cada vez el mundo es menos cristiano?

(2ª Parte)

No cabe duda de que el testimonio, personal y colectivo, es la gran fuerza para que el apostolado, el compromiso de anunciar y vivir el evangelio, sea creíble y arrastre a los demás a seguir a Jesucristo. El apóstol es el enviado, no para hablar de si mismo sino de Jesucristo y del evangelio. Consecuencia de todo ello será un interés permanente por difundir la fe. No solo como una obligación del creyente sino como un acto de bien a favor del prójimo. El que ha conocido la verdad vive feliz en ella, ha encontrado la perla preciosa de la salvación y no puede menos que compartirla con los demás. El apostolado es un acto ineludible de caridad fraterna.

Como es obvio, la mayor parte de la comunidad cristiana está formada por laicos, por personas seglares. A todos, sin excepción, incumbe la obligación de anunciar a Jesucristo, de evangelizar, de ser apóstoles del Reino. Y de hacerlo en la sociedad concreta en la que se vive, muchas veces ajena a cualquier referencia a Dios, a lo trascendente a lo moral, a lo cristiano. Hay amplios sectores sumidos en el letargo de la indiferencia. Pero se ha de reconocer que subsisten unos valores que acompañan a las personas y desde los que se puede tender un puente hacia lo religioso.

Es a los seglares, a los laicos, a los que corresponde llegar a esa sociedad, apoyarse en esos valores humanos y anunciar explícitamente a Jesucristo. Los puntos de apoyo están en la cultura, en la vida social, en la familia, en el trabajo, en la educación, en la economía, en los medios de comunicación, en todas las actividades humanas.

Cuando se habla de que el mundo es cada día menos cristiano no se piensa en el número de los que componen la lista de los

bautizados en la Iglesia, sino en el reconocimiento práctico de Jesucristo en obras y palabras. Por otro lado, se sospecha que la Iglesia, clérigos y seglares, jerarquía y militantes, no hacen resonar la voz de Cristo. No se oye el mensaje, la palabra de la Iglesia ante los grandes problemas de la humanidad. Esta opinión no es muy exacta. La voz y el mensaje de Juan Pablo II y de la Iglesia. Se difunde constantemente. Otra cosa distinta es que se le preste atención. Aquí es donde puede estar la misión del cristiano: ayudar a que se oiga ese mensaje. Esto es hacer catequesis.

Con frecuencia, los cristianos seglares evitan el testimonio. Unas veces por prejuicios sociales; otras, por avergonzamiento de aparecer como miembro de la Iglesia de Jesucristo; los más, por miedo a tener que asumir los compromisos que acarrea necesariamente una conducta explícitamente cristiana.

Ningún cristiano puede eludir su responsabilidad de ser apóstol. Ahora bien, es imposible que uno sea un buen apóstol si antes no acepta el ser evangelizado, dejarse llenar del amor de Cristo, celebrar la fe en la comunidad cristiana, vivir y practicar la caridad fraterna, recibir la formación adecuada y aceptar de la Iglesia la misión, el encargo de evangelizar.

Aunque cada uno, individualmente, deba ser un misionero, si embargo es necesario el apostolado asociado, no sólo para ganar en eficacia sino para garantizar mejor la condición eclesial, es decir, que no se actúa de forma individualista sino en nombre y con el apoyo de la comunidad cristiana, que es donde se recibe la formación necesaria, el imprescindible acompañamiento y, sobre todo, la garantía del envío en nombre de Jesucristo.

